

Cuando los castellanos decidieron navegar

El recorrido en barco combina el turismo con la formación. Se habla sobre la historia del canal y la flora y fauna que lo rodean

M. Gil - M. Blanco / Burgos

Un árbol. Delante del árbol hay un lago. Del lago sale una serpiente, que pasa por detrás del árbol y se mete de nuevo en el lago. Tiras a la vez del árbol, de la cabeza y la cola de la serpiente, ¡y listo!

Así se hace el nudo marinero, uno de los más

conocidos dentro del mundillo náutico. Nos encontramos a bordo del 'San Carlos de Abánades', el barco que recorre el Canal de Castilla a su paso por Melgar de Fernamental. Éste fue el segundo barco que se puso en funcionamiento a lo largo del recorrido, el primero fue en Valladolid. Y el tercero, por Palencia.

Este canal fue construido a pico y pala entre 1753 y 1849 y gozó de 10 años de esplendor, durante los cuales navegaban de media unos 400 barcos. En 1959 con la llegada del ferrocarril se vio que este medio de transporte ya no era rentable y se prohibió la navegación. Fue entonces cuando su uso pasó a ser agrario, para riego. Ante esto, los vecinos empezaron a utilizar el agua sin conciencia. Por lo que lo tuvieron que racionalizarla.

Volviendo al presente, hoy les toca recorrer el canal a los 23 niños de las aulas de Villasandino Natural, de entre 5 y 12 años. Las monitoras, Lara y Marta, son ambientóloga y pedagoga, respectivamente. Su conocimiento de las plantas de la ribera del río resulta sorprendente. Tampoco podía faltar la tripulación del barco: el capitán, José Luis Pérez y Ruiz de Salazar, y Jesús, Chuso para los amigos, guardia forestal y gran amante de la Naturaleza.

Son sólo las 11 de la mañana, pero los peques ya tienen hambre. El 'Tengo hambre' acabará destronando al 'Waka waka' como el nuevo tono del verano como no paremos pronto. Por suerte, el hecho de ponerse los chalecos salvavidas les cambia totalmente el registro, y el bocata de nocilla se queda en un segundo plano. Aunque la edad mínima son los 5 años, como explica Marta, «hay niños más pequeños en el pueblo que si no vienen se quedarían solos, así que hacemos alguna excepción». El hecho de que a algunos no se les vea más de media cabecita con el chaleco puesto les delata.

Enfundados en un chaleco naranja butanero van saliendo a la popa descubierta, donde Marta va recitando plantas y peces. «¿Aquí hay tiburones?», pregunta un niño. «¡Pero cómo va a haber tiburones hombre!», ríe Marta. «¿De dónde vienen los peces que nadan en este canal?», pregunta a ver si tiene más éxito. «¡De Madrid!», obtiene como respuesta. «¡No!, de mucho más lejos, de China», responde Marta. Esta vez la que se ríe soy yo, que también pensaba que los peces serían madrileños.

Mientras hacemos el recorrido de 4 kilómetros, de los 10 que pasan por la provincia burgalesa, el capitán no para de dar explicaciones. «A lo largo del canal hay 14 esclusas, que son compuertas que dejan pasar el agua. Al lado de las esclusas hay molinos de trigo que aprovechan la presión del agua». A continuación llegan las mil y una preguntas de los niños sobre lo más importante de la conversación que acaban de escuchar, «¿por qué está el agua tan marrón?». Pero hay una respuesta para todo. Chuso saca un bote y recoge un poco de agua, transparente y cristalina. El reflejo del lodo del fondo y el sol en el agua le dan ese tono tan oscuro, seguro que más de uno tampoco lo sabía, la menda entre ellos.

Los tres kilómetros eran la, perfectamente estipulada, distancia que correspondía con la hora del bocadillo. Que más tarde, coincidiendo con la vuelta del 'Tengo hambre', se queda en los dos kilómetros. Chuso aprovecha para arrancar algunas plantas que ilustrarán la posterior explicación. Y se lleva más de una ríña, «¡hala!, ¡que se miran pero no se arrancan!». Hay que ver que concienciada está esta juventud, para que luego digan. Son 6 las plantas elegidas. El eneldo, usado como especia para cocinar pescado. «No pienso volver a comer pescado», asegura cruzando los brazos una niña. La Achicoria, con cuya savia se hace un sucedáneo de café. «Vaya, pues tampoco voy a desayunar», vuelve a asegurar. Chuso decide aparcar el registro gastronómico. La siguiente planta es alargada y con flores moradas, «es la menta de gato». «La utilizan los gatos para vomitar cuando les duele el estómago». Esto ya tiene más éxito. Para terminar, la adelfilla pilosa, el chopo y el majuelo.

El 'San Carlos de Abánades' es lo que podríamos llamar un barco carbónicamente compensado. Como bien nos explica el capitán, el barco funciona con una batería que está conectada a un generador que emite CO2. Aunque emita dióxido de carbono, este se compensa con la función de pelicano que tiene el barco. Es decir, recoge la basura que se va encontrando a lo largo de su recorrido. «La gente cada vez es más respetuosa con el canal», asegura el capitán, «cuando conoce nuestra función deja de tirar basuras, aunque sea por respeto».

Durante el verano este recorrido suelen hacerlo aulas de medio ambiente y gente de a pie que vienen incluso desde La Rioja y Álava. En invierno se apuntan sobre todo colegios y asociaciones. A los niños les encanta esto de navegar, aunque sea por un canal de apenas un metro y medio de profundidad.

El Canal va incorporando novedades y el pasado lunes 26 se inauguraron cuatro pedalinas de cuatro plazas. Además de una barca de remos con la misma capacidad. Esta aportación ha surgido de la colaboración entre Caja Círculo y la Diputación provincial.

Junto al embarcadero de San Carlos de Abánades se están acondicionando los antiguos almacenes de Carrecazada para convertirlos en un Centro de Turismo Rural. En estos momentos se están equipando las instalaciones y adaptando la zona para la creación de un aparcamiento. Se trata de un proyecto que ha rondado los 500.000 euros.



Los niños del Aula de Medio Ambiente de Villasandino disfrutaban del viaje a bordo del San Carlos de Abánades.

Ángel Ayala

1 comentarios

1. Mira por donde tengo yo raíces burgalesas perdidas en el albor de tiempos remotos. Existió un pueblecito llamado Abánades y desapareció creo que durante la reconquista . Mi antepasados se fueron a mi pueblo a repoblarle y ahora yo he vuelto . Me emociona pensar que no somos de un día

,ni de un año , ni tan siquiera de un siglo. Debe ser por eso que me siento como si esta fuese mi tierra , incluso antes de saber mi procedencia. Llevar el apellido de los abuelos no impide que los de las abuelas sean menos importantes sino que fue cuestión de poner primero unos en vez de otros por cuestiones sociales. Algún día viajaré en el San Carlos de Abánades. ¡Qué ilusión le hubiera hecho a mi abuela materna!